

Comparezco ante mis conciudadanos y ante los universitarios de Nuevo León para informar acerca de mi conducta en calidad de nuevoleonés y de Rector. Todos son testigos de que durante quince meses he sido cubierto diariamente por la infamia y el oprobio. Las calumnias más viles, las más obscenas injurias y los apodos más irrespetuosos cayeron sobre mí. Se me llamó desde dipsómano hasta desequilibrado mental y se hizo aparecer a mi persona como si fuera la del más despreciable de los seres humanos.

Para poder lanzar sobre mí toneladas de tinta afrentosa, se me atribuyeron hechos que no cometí nunca y se pusieron en mis labios palabras que jamás he pronunciado. Se me señaló como pirata de las profesiones, carente de grado o de título universitario, se me acusó de clausurar, por incultura escuelas universitarias, de cesar irresponsablemente a profesores y funcionarios universitarios y fui señalado como atrabiliario, iracundo y frenético. Toda barbarie, todo vicio les parecieron pocos para atribuírmelos.

Cuando estaba de vacaciones en Guadalajara, se dijo que yo, en Monterrey, había injuriado por televisión a los industriales durante una colecta de la Cruz Roja. Cuando me interné en el Hospital Universitario, se afirmó que yo acudí a otro establecimiento de salud por desprecio o desconfianza al primero.

Pero la obra maestra de la vileza y la calumnia fue realizada, con verdadero lujo de mendacidad y desprecio a todos los valores cuando se dijo que yo injurié a las madres y a las señoritas regiomontanas en una conferencia pronunciada en "La Ciudadela". Las damas asistentes al acto, el señor Presidente Municipal, el señor jefe del Departamento Jurídico del Gobierno, el director de la Escuela Preparatoria Número Uno del Colegio Civil del Estado, varios profesores y consejeros universitarios y todos los concurrentes a la velada son testigos de las dimensiones de esta falsedad monstruosa que no tiene precedentes en Monterrey y constituye una cínica ofensa a toda la ciudad y un desprecio incalificable al respeto ciudadano y a la ley. Todo el peso de la tinta cobarde y el papel indecente contra un hombre solo.

A cada día una nueva injuria, una nueva calumnia, un nuevo mote, una burla distinta. Se dijo que jamás debería haber regresado de la ciudad de México a mi tierra y se me llamó indigno en todos los tonos. Se me acosó sistemáticamente en mi prestigio y en mi persona. No me equivoco si digo que todos los adjetivos aplicados a todos los delincuentes de la ciudad en los últimos cuarenta años desde los llamados "Tigres" de Colombia y los criminales de la calle de Aramberri hasta el raptor de niños el año pasado, representan sólo una mínima parte de los aplicados contra mí, que no he sido toda mi vida sino un hombre honrado, un periodista limpio y un cumplido profesor universitario. Invoco el testimonio de mis lectores en todo el país, de mis discípulos, de mis condiscípulos y de mis maestros. Diga alguien cuándo he mentido deliberadamente y por interés; diga quien sea cuándo he callado por paga, cuándo engañé a alguien en la cátedra, en la página del periódico o en la calle. Cuándo he dado precio alguno por elogios a mi tarea o silencio sobre mis defectos y mis errores.

Digan lo mismo, si pueden, mis calumniadores y, sobre todo, hagan públicamente iguales preguntas acerca de sí mismos.

Sólo cesé a funcionarios y profesores que no cumplían con su deber y percibían injustificadamente honorarios desde varios años atrás y clausuré una llamada escuela de danza porque pienso que los recursos de una universidad pobre no deben derrocharse en la enseñanza de la jota aragonesa y el jarabre tapatío y sobre todo porque en una universidad que se respeta no debe haber establecimientos semejantes. No permití la simulación y el fraude porque enemigo de ellos como periodista, lo fui también como funcionario, aun en los casos de amigos míos. Nadie, sin embargo, fue atropellado ni dañado en su decoro. En cambio elevé y hasta duplicué los sueldos de muchos profesores, entre ellos algunos que habían manifestado juicios adversos a mí. Jamás dí una orden a mis subordinados a todos, desde los funcionarios hasta los conserjes, les rogué la ejecución de actos. Ellos pueden desmentirme. Llegué a la Universidad con un grado académico superior a algunos otros, conferido después de veinticinco años de docencia y de investigación universitarias.

Después de mi salida de la Rectoría, personas del mayor respeto y de la consideración más alta han reconocido que se lanzó sobre la Universidad una ola de cieno. Pero durante quince meses, yo solo resistí las afrentas y las infamias. Nadie que yo recuerde, tuvo una sola palabra de condenación para una tarea que no sólo resultaba vergonzosa y triste para la Universidad, sino degradante para la ciudad de Monterrey e irrespetuosa en sumo grado para sus habitantes. ¿Era, acaso, la forma como una comunidad civilizada recibía a uno de sus hijos que volvía, después de haber conquistado algunos modestos triunfos profesionales, sin mancha ni desdoro, a cumplir un deber con su tierra y con su escuela? Fui, durante varios años, redactor editoria- lista del diario más importante de México y escritor en la revista de mayor circulación de la República; desde sus páginas y cada vez que se ofreció hice el justo elogio de Monterrey y de sus hombres y tengo la satisfacción de afirmar que, por ninguno de mis actos ni de mis palabras, nadie puede acusar a los periodistas regiomontanos de ineptos, venales, capciosos ni pícaros. ¿Así me acogía mi ciudad al

retornar? ¿No tenía para mí sino la diatriba, calumnia, la burla soez? ¿Era, por ventura, la manera de saludar a un Rector que, para serlo, había abandonado su cátedra de veintitantos años en la Universidad de México y una situación profesional ganada a pulso en la Capital? No. No era la ciudad de Monterrey, ni sus hombres, ni sus mujeres; pero una breve banda se empeñó en que así pareciese y se atribuyeron la representación de la opinión regiomontana. Y el hecho de hacerse aparecer como representantes de Monterrey, fue para la ciudad una injuria todavía más grande que las que se lanzaban sobre mí. ¿Los hombres creadores y honrados de Monterrey representados por una pandilla de calumniadores sin varonía y chantajistas sin escrúpulos? Pocas veces una ciudad ha recibido una ofensa semejante.

Sólo don Raúl Rangel Frías, don Enrique C. Livas y don Roberto Treviño González hicieron un llamamiento a detener el torrente de inmundicia. No se les hizo el menor caso, ni nadie se ocupó de reiterar sus advertencias. Siguió la furia contra mi persona.

Hasta que las cosas llegaron al colmo y se dio el caso, único en toda la historia de la ciudad y del país, en que para agredirme se urdió la más innoble calumnia contra mi esposa, después de haber injuriado a mi hija. Cupo a mis detractores, gallardos caballeros de la letra impresa, la gloria de sentar un precedente que acaso los enorgullezca y les sirva como un laurel para presentar ante sus hijos y dar, para siempre, fulgor a sus apellidos. Encontraron el mejor modo de honrar a Monterrey, haciendo de esta ciudad la primera en México donde se ataca a sus hombres públicos en la persona de sus mujeres. Se hacen aparecer, al fin y al cabo, como los representantes de la opinión regiomontana y tal vez supongan que un día se les hará un monumento y se pedirá para ellos un premio nacional. Durante dos días consecutivos se publicaron sendas páginas íntegras donde se afirmó, con lujo de detalles, que mi esposa, la doctora doña Cándida Pérez Cortés de Alvarado, había arrojado cruelmente a un grupo de religiosas del Asilo del Buen Pastor y

de la Casa de Salud Mental. Después, y muy recientemente, se repitió la calumnia y se dijo que nadie la había desmentido. Sólo que mi esposa es fecha que todavía ignora dónde queda el Asilo del Buen Pastor y renunció a la Casa de Salud Mental, desempeñada por escaso tiempo a solicitud de distinguido y reiterado ruego, más de seis meses antes de los hechos atribuidos con absoluta falta de decencia. El señor gobernador del Estado y el señor jefe de los Servicios Coordinados de Salubridad son los mejores testigos de la calumnia y la desmintieron con energía y claridad al día siguiente. Pero, sin el menor respeto a nada ni a nadie, se repitió el delito.

Me permito preguntar a todo hombre regiomontano: ¿qué hubiera hecho en caso semejante? ¿Dedicarse a las más altas faenas del espíritu con olvido de la obligación fundamental? ¿Buscar, acaso, refugio en la filosofía? Ningún regiomontano, estoy seguro, habría buscado remedios tan fáciles, ni pretextos tan cómodos. Si los regiomontanos fueran capaces de esto, no habrían construido nunca esta ciudad y ninguna universidad se hubiera edificado jamás sobre las arenas del olvido al deber esencial. De lo último estoy cierto porque yo he contribuido a crear una Universidad y desde joven he luchado en varias por su decoro y por su alma libre. ¡Bonito ejemplo el de un Rector que permite los ultrajes a su esposa con el pretexto de una toga! ¡Hermosa lección a los jóvenes para que ya siempre, por no ofender el birrete, permitan los agravios a sus novias y a hermanas! Hasta donde mis escasos conocimientos de gramática alcanzan, yo sé que la palabra Rector es del género masculino.

Cuando se cometió el delito contra la compañera de mi juventud y de mi vida toda, yo estaba en cama con una pierna rota e imposibilitado para moverme. Decidí luego lo que debía hacer y tuve después muchas semanas para meditarlo. No fue un arrebató. He aquí mis razonamientos:

PRIMERO: El deber esencial de todo Rector es ennoblecere y superar su propio oficio, mas la misión no sólo con-

siste en acudir a la perfectibilidad personal, sino señalar a quienes envilecen y falsifican la profesión y medran con sus recursos. Si es médico debe ser cada vez más apto para el diagnóstico y la terapia; pero, al mismo tiempo, más firme para señalar a los charlatanes que medran con el dolor humano. Pero yo soy periodista y mi obligación era la de serlo cada vez mejor y, al mismo tiempo poner en evidencia a los delincuentes con las páginas impresas.

SEGUNDO: El lema de la Universidad de Nuevo León es *Alere Flammam Veritatis* y yo no lo he considerado jamás, ni debe considerarlo nadie, un simple latinajo vacío y sin sentido, lema pedante y ornamental, sino una norma que un Rector auténtico está obligado a mantener vigente. ¿Y no es, por ventura, alentar la llama de la verdad, señalar a quienes no sólo difunden la mentira, sino lucran y dañan con ella; a quienes no sólo la elaboran con insidia y cobardía sin límites, sino arrojan cieno sobre la ciudad, su prestigio y sus tradiciones.

No olvidé en momento alguno la investidura de Rector, sino la tuve siempre presente; no olvidé mi condición de periodista, ni mucho menos la de nuevoleonés. Por ello, por nuevoleonés, por periodista y por Rector, me considero el único responsable de todos mis actos en la Rectoría y fuera de ella. Y me siento satisfecho de esos actos.

Cuando Andrew Jackson era candidato a la Presidencia de los Estados Unidos, un miserable injurió a su esposa durante un mitin; Jackson bajó de la tribuna y lo abofeteó. Yo he aprendido y sigo aprendiendo siempre, las buenas lecciones de la democracia americana. Nadie puede acusar a Jackson de haber olvidado su investidura de candidato a la más alta magistratura de su país para castigar un agravio contra su esposa. Si no lo hubiera hecho no habría podido ser candidato, ni merecido la presidencia porque no defendía sólo su honor, sino el de su nación y el de su comunidad.

Yo no debía permitir que la esposa de un Rector, universitaria ella misma, fuera agraviada impunemente, ni me-

nos podía tolerar que hecho tan ofensivo para mi ciudad quedara sin protesta. Lo de menos en mi caso personal; se trata de la Universidad de Nuevo León y de la ciudad de Monterrey y no estoy ni puedo estar de acuerdo con la tesis somnolienta de que protestar es hacer el juego a los pequeños. A las amibas y a los parásitos se les señala con energía y se les combate a tiempo. Se muy bien que la microbiología es tarea poco grata; pero los universitarios tenemos que dedicarnos de cuando en cuando a ella. No ignoro, por otra parte, quiénes son los autores verdaderos. Ni los olvido. Quede aquí mi acusación permanente contra todos los que, al ofender y faltar al más elemental de los respetos a un hombre honrado, con lealtad indiscutible a su vocación universitaria, han arrojado ignominia sobre mi Universidad y sobre una ciudad donde la nobleza en el trato humano y el empeño en el trabajo han sido junto con la tolerancia de los espíritus, sus constantes perdurables.

Me siento hoy más regiomontano que nunca y más universitario que en todos los días de mi vida. Y someto todos los actos de mi existencia, los de ayer, los de hoy y los de mañana, al juicio del más exigente y lúcido de los tribunales: el de la juventud.

Ahora puedo escribir, lúcidas y ardientes, renovadas y claras, las palabras del lema de una Universidad de la que no saldré jamás porque la llevo dentro de mí mismo: *Alere Flammam Veritatis*.

Monterrey, 24 de febrero de 1963.

JOSE ALVARADO

PALABRAS
A MIS
CONDISCIPULOS

Por JOSE ALVARADO

PALABRAS
A MIS
CONDISCIPULOS
POR JORN ALCARAZO

Hace medio siglo, una mañana del primero de septiembre, ingresamos en el Colegio Civil. La mayor parte nos vimos las caras por primera vez. Hijos de artesano, ingeniero, maestro, médico, obrero, abogado, burócrata, agricultor, dueño de modesto comercio, inauguramos una amistad, vive todavía. No hubo entre nosotros, no hay, barrera establecida por bienes ajenos a la voluntad de vivir y convivir, amar, crear, entender... Iguales nos recibieron estas aulas. Iguales nos conservamos.

Esta fue la primera lección, a la luz de nuestros patios y a la sombra de los techos. Sin palabras, sentencias ni apotegmas, sólo por el lenguaje callado de la vida. Esa cátedra muda, ardiente y sin término bastaría sólo para nuestra gratitud al Colegio. Y no hemos sido los únicos: otros antes y después, algunos ilustres, la recibieron a su tiempo.

Pero también aquí recibimos las señas para concebir al mundo y la existencia, la sociedad, la persona y la conducta. Muchas puertas se abrieron a la inquietud y la esperanza. Encontramos datos esenciales del conocimiento, entonces algunos ya superados, pues la lógica de Porfirio Parra nos mantenía sujetos al imperio positivista —eje, por

otra parte, de la educación preparatoria establecida en México por don Gabino Barreda y modelo inicial de la formación de bachilleres en todo el país—; la Teoría de la Relatividad parecía el nombre de una novela policiaca o de las de hoy llamadas de ciencia-ficción; el nombre de Freud era un fantasma diabólico. Diez años de violencia en México y la primera guerra mundial habían roto comunicaciones. El Colegio Civil no tuvo la culpa.

Pero la historia apareció como algo vivo y el lenguaje medio para la inteligencia entre los hombres; la naturaleza, aunque en libros antiguos, ofrecía posibilidad para el dominio humano conducido a elevación y perfectibilidad de la especie; la cultura, unidad de emociones e hipótesis en busca de más bella y dichosa morada humana, más justo, libre y fecundo el tránsito por el planeta.

En estos cincuenta años ha sido prodigioso el cambio en la imagen física, biológica, social y espiritual del orbe. Se yerguen potencias nuevas de poderío jamás imaginado y sabemos de comarcas misérrimas donde el hambre es el personaje; Asia despierta, Europa deja sus últimas banderas en Africa; mueren imperios seculares; nacen jóvenes repúblicas; viejos reinos se extinguen. Los últimos descubrimientos acerca de la estructura atómica hacen pueril nuestro texto de Ganot y la biología molecular vuelve ingenuas lecciones de ayer. La cibernética asoma sus venturas y sus riesgos, las computadoras deciden la capacidad de un estudiante, el pago de fiscales deberes o lo sincero del parpadeo en una novia . . . Las muchachas usan pantalones, los muchachos melena . . . Nuestra Marlene Dietrich se pinta la rubia cabellera y nuestra Greta Garbo oculta en gafas negras sus pupilas.

Bastan pocas horas para ir hasta sitios distantes en el globo y desde nuestra mecedora hogareña podemos contemplar hechos en remotos lugares. El México de 15 millones de habitantes, todavía con el humo y el eco de las guerras civiles en el aire, tiene ahora 58 millones de bocas y de pares de brazos, bajo el humo y el ruido de inesperado crecimen-

to industrial o en yerma o anegada superficie. En nuestra apacible, romántica Monterrey de 1924, cuando todavía el pito de la Maestranza a medio día era reloj de muchos y las noches se poblaban de serenatas y rondas, alguna ráfaga de superviviente pistola revolucionaria, un agudo grito desesperado, entre jactancioso y doliente, y el silbato de ferrocarril, ya no quedan sino algunos rincones dispersos, entre muros viejos y desolados, acequias difuntas y muros de cemento u horribles paredes amarillas o celestes. Nadie escucha a las urracas vespertinas, ni huele los azhares al fin del crepúsculo. El Cerro de la Silla permanece fiel pero ya no lo vemos . . .

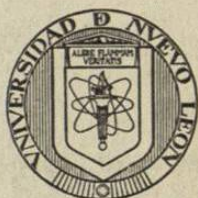
Los poetas dicen palabras diferentes, a veces muy puras y bellas; arquitectos y escultores hacen formas distintas, en ocasiones de singular grandeza; pintores nos llevan a colores de siempre con diversa luz; la música tiene ritmos desconocidos o ancestrales; filósofos y sabios asocian hoy el lenguaje y la búsqueda de la certidumbre o esta última y la libertad; hay científicos arrepentidos por el uso maléfico de sus descubrimientos. Perdura el viejo anhelo de conservar la juventud, depositado ahora en cápsulas de gerontólogos y, sobre ruinas de utopías en desastre, se edifican otras . . . En nuestros días estudiantiles, Lindbergh cruzó, por primera vez, el Atlántico en avión; ahora se ha llegado a la luna.

Pero si las revoluciones en la sociedad, la ciencia, la tecnología y la expresión han transformado relaciones humanas, equilibrios y conceptos, juicios morales y normas psicológicas, nosotros conservamos idéntico el propósito de seguir unidos y mantener íntima y firme lealtad hacia nuestro ya centenario Colegio Civil, cuna de la Universidad de Nuevo León y raíz de la cultura regiomontana.

Estas son horas críticas en todas partes. Conservemos nuestra fe en la juventud y su capacidad. El desarrollo histórico le ha proporcionado elementos superiores a los nuestros y ha de ser leal a su destino, hermoso, por otra parte. En cada muchacho, en cada muchacha florecen vocaciones

maravillosas y aptitudes antes desconocidas. Nadie, entre nosotros, tiene derecho a dejarles un legado de amargura si somos fieles a la tradición del Colegio.

Rendimos emocionado homenaje a todos nuestros hermanos; homenaje a todos nuestros predecesores en las aulas y a nuestros sucesores, algunos ya también maestros. Recordamos cariñosamente a Guillermina, nuestra única condiscípula y se conserva en nuestros corazones la memoria perdurable de los camaradas ausentes. ¡Larga y creadora vida al Colegio Civil del Estado!.



DEPARTAMENTO DE DIFUSION